El hastio del mar

Gilberto Guerrero

Capítulo 1

"El hastío del mar"
Siempre la sacó de quicio el sonido de las olas pues desde que era niña lo escuchó burlándose de ella con un canturreo monótono e incesante que le recordaba: Este no es lugar para descansar.
Era tan absurdo y egoísta que siendo tan ancho y espacioso se negara a reservarle un sitio para que ella pudiera reposar un rato y recuperar las fuerzas como él lo hacia cuando después de los tremendos tifones que organizaba por las madrugadas se echaba exhausto en la arena a dormir un poco antes de que los bañistas y los pescadores echaran mano de él.
Del Caribe era su historia tanto como lo era su café y junto con la nueva costumbre del cigarro blanco la tarde se perdió entre las palmeras teñidas de rojo vivo que el sol -harto de los caprichos del océano- dejó botadas mientras se retiraba ofuscado al oeste. Fue entonces cuando la tibia fragancia del crepúsculo la llevó de la mano años atrás al cuarto de baño de la señora Cecilia, cuando su cintura era ceñida con los vestidos que Román su marido le compraba cada vez que los buques por fin tocaban tierra firme y entonces en Puerto Bello todos podían relajarse y dar gracias por el regreso de sus marineros vueltos locos por pisar nuevamente un bar.
Nadie excepto la señora Cecilia utilizaba ese servicio dispuesto con elegantes adoquines y muebles que enloquecerían a cualquier coleccionista; nadie excepto la señora y ella a quien no solo se le permitía la entrada sino que era expresamente requerida aún durante las noches en que don Román era interrumpido y sacado de la cama para ayudar a su mujer a que sin demora saltara del lecho y acudiera pronta al llamado de auxilio de aquella distinguida familia.
- Hace dieciséis años yo estudie aquí. Dijo secamente a Gaudencio quien se encontraba por cierto al borde la ensoñación a causa del calor y el cansancio pues dejar la costa para subir hasta el lugar donde la niña paso la mayor parte de su infancia no era tarea sencilla y es que la escarpada senda que los condujo hasta el liceo ya comenzaba a cobrarle caro todo el oxigeno que había empacado para sí antes de iniciar la cuesta.
-Seguramente la gente aún conserva el recuerdo de su madre. Alguien nos podrá dar pista, ya lo verá.
-Vamos Gaudencio que no es necesaria tanta pompa, si vengo acá no es porque ande en pos de una tierna aventura familiar de reconciliación; si estoy aquí es únicamente en retribución a ese señor tan amable que nos ayudo.
¿Se refiere usted al tipo que dijo ser su padre?
Valencia ya no pudo escucharlo, se había trasladado a esos días en la elemental cuando tuvo que echar al olvido la calcetas embarradas de betún el día de la ceremonia. Cómo es que no sospecho nada desde el principio; los lunares, el acento, y lo peor cuando todo se destapó y las despiadadas habladas comenzaron a hacer mella no solo en su frente sino que orillaron a su padre a que desesperado buscará la manera de apagar

las flamas que atizaban las lenguas de sus socios, conocidos y familiares con una explicación tan bochornosa que a falta de una verdad tan siquiera a medias que pudiera sacarlo del paso a él y a su familia pero todo fue inútil; terminaron huyendo aunque Valencia siempre pensó que se resolvería siendo ella quien desapareciera
-Señorita Valencia no quiero distraerla pero otra vez está hablándole al viento. No creé que es hora de irnos?
Las sospechas del marido comenzaron cuando la niña no quiso más jugar al "cesto", cuando las lecciones de piano no rindieron fruto y cuando el sabor agrio del "salbute" no la satisfizo como al resto de sus hermanos que aunque nunca se conocieron, él los veía crecer y compartir a cada uno por su cuenta sus rasgos más destacados, a todos excepto a Valencia que por ningún lado se le veía lo "Sotomayor del Monte"
Doña Cecilia sabía que tarde o temprano se descubriría la farsa, desde el momento en que supo que era una niña la que se gestaba en su vientre supo que no llegaría muy lejos pues su marido siempre fue capaz de sembrar varones que para su mala fortuna ninguno fue parido por ella.
Los tres fueron recibidos por el doctor Cervantes y esa fue la razón por la que le guardo tanta tirria y nunca más permitió que le pusiera una mano encima; así es que por eso llamaba a la esposa de Román a altas horas para que atendiera los terribles abortos espontáneos que sufría cada vez que se unía a su marido buscando darle lo que ya otras le habían dado.
¿Cómo se dio el asunto, quién sabe? Dicen que fue la cuñada de don Román quien entenebreció su mente llenándole la cabeza con sucias injurias a cerca de la falsa honra y la nula fidelidad de su esposa.
-Cuñado, ¿no estas pensando en almorzarte el cuento de que es la señora Cecilia quien manda llamar a tu esposa o si?
-Quién si no. Respondía contrariado el señor Román.
-Pues el mismísimo Sotomayor del Monte ¿quien más va a ser?
Román vuelto una fiera corrió hasta la quinta en busca de aquel mal nacido que cometió semejante abuso pero cual fue la sorpresa que solo hayo a la Doña Cecilia llorando su pena a causa de la esterilidad que la asolaba desde que inicio su matrimonio y al verlo entrar con el pecho inflamado y el semblante revuelto finalmente decidió consumar su venganza y demostrarle al señor Sotomayor de una vez por todas que en su árido vientre podía florecer la vida.
Una y otra vez el sonido de las olas la sumergían y la sacaban del fondo de su memoria. La brisa comenzaba a enfriar así que dejó la taza de café humeando y entró a la casa por un chal que precisamente le obsequió la señora Cecilia; era lo único que conservaba de aquella época que junto con la braza del cigarro blanco se iba extinguiendo poco a poco con el correr del viento. Acarició sus brazos, dio un sorbo al café y una última chupada al cigarro; se quitó el chal y lo arrojó lejos, con un clavado se zambulló en las profundidades del mar abierto. Algunos dicen que llegó casi muerta al otro lado, otros dicen que se transformó en espuma.